

El Quinceañero

Se hacía llamar "señorita Isabel" desde aquél día, en que caminando por el mercado, la verdulera, señora Venancia Jiménez, le dio el pésame por la muerte de Oscar, su hijo mayor. Sus hijas le habían ocultado la trágica muerte en París pero a través de Venancia el secreto se abrió fulminante y desde ese instante sin preguntar nada, sólo apenas mirando los mágicos colores de las verduras, retrocedió más de setenta años para siempre.

Recién sentados a tomar desayuno llegó la noticia en sobre cerrado, labrado, con una tarjeta de esas que ya no se ven más que en fotografías de álbumes antiguos, casi una estampa de primera comunión con blonditas alrededor. La abuela Isabel quería que todos participáramos el fin de semana en la celebración de la fiesta de su quinceañero y en la tarjeta, impresa en letras góticas con la información del acontecimiento, a mano agregaba que en la ocasión nos daría a conocer el nombre del pretendiente y fecha de boda. Salimos disparados sin probar pan ni café para ver de qué se trataba esta vez la ocurrencia de la señorita Isabel.

Isabel Peña de Pajuelo había llegado milagrosamente a sus noventidós años con salud física envidiable pero la lucidez se había esfumado hacía cuatro años. No recordaba. El dolor que sintió cuando descubrió que su hija Carlota, aconsejada por el viejo párroco se amarraba alambres de gallinero a su pequeña cintura para combatir los pecados de la carne o cuando la segunda hija, Graciela, ahora en tierra lejana, haciendo ningún caso de la raza terminó fugada con el sastre encargado de dar los hilvanes de la sociedad piurana o cuando Teresa, su hija mayor, quedó viuda del panadero, todo eso había quedado escondido detrás del sueño de más de setenta años de olvidos.

Efectivamente el sábado era su cumpleaños, sus quince como ella decía en la invitación, sólo que su edad casi iba con el siglo y las cuentas ya no encajaban. Cuando sus hijos se casaron, unos con la anuencia de ella y el abuelo que en paz descanse y otra con una imponente desheredada de ella y el abuelo que en paz descanse, nadie imaginó que tantos años después estaríamos corriendo, sin tomar desayuno, a ver qué pasaba esta vez con la abuela.

A pesar de ser ya parte de la familia, siempre seguía asombrándome. Tenía veintiocho años cuando, apenas graduado de administrador, recién casado y con una pasión por el fútbol que me encendía hasta el último rincón del alma y del aliento, había terminado sin saber cómo en un país inexplicable y en una familia inentendible. Dejé a mis padres en Argelia y buscando nuevos rumbos me casé en Francia pensando radicar allí hasta el

último de mis días pero demasiado pronto sentí el hastío de un país que no sentía y comencé a añorar, quién lo diría, hasta el húmedo olor a sangre y sofocos del aire de mi tierra. Pero a Argelia no regresaría más mientras no tuviera la sonrisa, el olor y el peso que da el dinero...

Un día ya muy atrás cuando mi horizonte se acercaba demasiado y descubrí con terror que ya no encontraba otro más allá, leí la noticia. Ese trabajo era para mí. Seis meses en un lugar extraño haciendo de intérprete. Alguna vez había leído sobre esa tierra, -oro, ruinas, hombres emplumados- y sentí que de nuevo respiraba y mi corazón latía. Y si en Francia moría de hambre y de hastío decidí que era preferible morir de hambre pero de aburrimiento jamás. Mi esposa esperaría en París, no fuera peligroso ir con ella a un país medio salvaje. - Seis meses suficiente -, pensé, pero no imaginé llegar a una ciudad donde me abrazaban, besaban, me daban un licor extraño para brindar y todo eso en la calle de un hotelito barato en el céntrico distrito de Miraflores. Había llegado el mismo día de la clasificación peruana al Mundial... Entonces respiré el sudor del aire de las calles, recordé mi lejana tierra y fui el más fervoroso celebrador del triunfo. Esa misma noche entre pisco y llanto decidí emocionado que jamás dejaría este lugar.

Allí no más hice mi primer pago a esta tierra. Mi esposa bastante había hecho con aceptar mi venida, -pero que no le venga el loco de su marido a pedirle ir a un país salvaje sólo porque allí todos, como él, eran locos por una pelota -.

Conocí después la decepción de la derrota en el Mundial, la hipocresía de una ciudad donde las casas eran igual de grises que las veredas y el cielo, donde hasta el mar se había dejado llevar por esa tristeza incolora que hace más triste todavía la más triste de las melancolías. Años después conocí también el terror de vivir pidiéndole permiso cada día a la vida pero ya entonces se me habían metido adentro sus bares, sus mujeres y en la época del miedo hasta encontraba ancestral el mismo olor a sangre y humedad del aire igual al de mi tierra. Ya en ese tiempo sabía que mis huesos iban a quedar aquí y que mis descendientes me iban a enterrar en algún lugar donde cada año, el día que los finados están más cerca de este lado, llevarían cerveza, pisco y tamalitos verdes, “para comer con él y por él”. Pero espero que falte mucho para eso. Mientras tanto, la vida me llevó a encontrar una nueva esposa, Natalia Olivos Pajuelo, hija de Teresa y de un prominente industrial del pan.

Nada era raro para esa familia que había hecho el absurdo cotidiano, por eso a mí menos que a nadie me extrañó la invitación de la abuela Isabel.

-Loca pase pero no cojuda- exclamó Teresa, mi singular suegra, al leer la invitación,
-todo Piura se va a reír de nosotros hasta por ocho generaciones, algo tenemos que hacer y ya-.

Viuda desde que a su marido, luego de treinta años de amasar pan en estas tierras, se le ocurrió regresar a su pueblo mediterráneo para, el mismo día ir con sus primos a despeñarse del cerro donde acostumbraban recoger los hongos del dominguero tallarín con pichón.

Nadie supo nunca hasta qué último recoveco le llegó su muerte. Sus palabras siempre musicales pasaron a ser poco a poco más cortantes y concretas pero no por eso menos sabias, hasta el punto que no había decisión que se tomara en la gran familia si no había pasado primero por la sentencia de Teresa.

Cuando llegamos a la casa aún sin saber qué hacer, su mayordomo de toda la vida, Arévalo como le decía ella, nos informó que la señorita no nos podía atender porque estaba con el doctor Cortés, eminente dentista de Piura y médico de cabecera, desde la época en que la abuela Isabel todavía estaba casada con don Oscar Pajuelo, un criollo terrateniente, dueño de una hacienda que por mucho tiempo había sido envidia y modelo de Piura y que en sus noches de dominó decía, sin ruborizarse siquiera, que más valía la vida de una de sus vacas que la de un peón.

El doctor Cortés había pasado a ser el médico de confianza desde aquella vez que a Osquitar, recién adolescente le diagnosticaron una bronquitis fulminante. El, más por venir de familia criada en el campo que por ojo clínico, se aventuró a decir que más

parecía un sarampión y para esos casos, como hacían allá en Chulucanas, era preferible mantenerlo unos días a oscuras y darle agua de tilo. Desde esa vez, su lema “Donde Entra Aire y Sol No Entra el Doctor” fue el lema de la familia Pajuelo y doña Isabel, que felizmente tenía la salud de un roble, se negó a ver a médico alguno. - Un dentista también es un médico - decía, con la absoluta certeza que él le iba a decir siempre lo correcto. Sí, Cortés se sentía orgulloso de ser el dentista médico de cabecera. Con el paso de los años había dejado la profesión en otras manos aunque el lazo de amistad, salud y confidencias con doña Isabel permaneció inalterable desde ese sarampión que casi se lleva con sesenta años de anticipación al primogénito.

A Arévalo ya le temblaba todo el cuerpo y el café que nos traía en el azafate de plata de siempre, bailaba de un lado a otro con las cuatro tacitas de siempre. Explicó que la abuela no nos podía recibir porque habíamos llegado a la hora de su chequeo diario con el doctor Cortés. De inmediato el buen hombre se disculpó pues tenía que separar el cabrito a sacrificarse para la celebración del sábado y contratar a los mozos que lo ayudarían a servir a tantos invitados. Es que la abuela había continuado con la costumbre de inicio de siglo y eran más de cien personas las invitadas a la celebración. Arévalo, un mulato que había sido alto por mucho tiempo, ahora ya encorvado por sus años de trabajo y de vejez, le seguía la corriente en todo a su señorita Isabel. Tal vez era el más justo con ella, no le preguntaba si acaso se había vuelto loca, si acaso no se daba cuenta que sus noventidós la hacían tener una dentadura añeja, si acaso no quería

aceptar que ya pasó los quince, que ya se había casado, enviudado, que habían sido cuatro sus hijos y tantos nietos y ya varios bisnietos. No, Arévalo era leal a la abuela y la locura de ella era parte de su trabajo.

El jueves y el viernes en vano esperamos a la señorita Isabel. Sólo mandó decirnos con su fiel mulato que el sábado nos esperaba, puntuales y bien presentables a todos sus familiares.

La única que logró hablar con la abuela antes de la celebración fue Nati, mi mujer. La encontré a golpe de cinco de la tarde en la banca principal de la plaza, sin la mirada perdida, como quien espera con harta impaciencia a alguien. Natalia se sentó a su lado, la llamó de abuela en un vano intento de explicarle que era su nieta, hija de su hija Teresa y casada conmigo, Ahmed el argelino de París, pero lo único que logró fue una exclamación despectiva - ah caramba, ahora resulta que tengo una nieta mayor que yo-. Natalia intentó de nuevo y llamándola de señorita Isabel obtuvo una corta respuesta. La abuela estaba esperando a su pretendiente quien la había citado en esa plaza, en esa banca, para jurarle amor eterno y revisar posibles detalles que faltaran para el sábado. La mirada de la señorita Isabel en un momento se iluminó... Natalia quedó en silencio y escuchó cómo le salía una risita nerviosa y coqueta a la vez, cómo hablaba con su pretendiente imaginario del cuál sólo mencionó su nombre, Marcial. Isabel le pidió a

Marcial que no olvidara de acudir el sábado con sus padres para la pedida de mano y recibió en la mejilla un beso de su amado y un adiós hasta la fiesta.

Ya los piuranos comentaban el próximo evento y sentíamos que no podíamos dar un paso atrás porque la gente de provincia con invitación en mano aunque todo suene a locura, asiste. Mi suegra, siempre concreta y oportuna, tuvo la extraordinaria idea y así, mandamos a todos los invitados una nueva tarjeta indicando que era el cumpleaños noventa y tres de la abuela y que por un error de la imprenta figuraba la fecha como un quinceañero. Todos los preparativos continuarían igual. Cuando Arévalo se enteró de los cambios tuvo simplemente que acceder a guardar nuestro secreto y encargarse de todo.

Natalia acompañó a la señorita Isabel hasta la casa porque ella le había ofrecido mostrarle el vestido y el bouquet. La abuela demoró en ponerse el vestido rosa con arreglos cosidos a mano de principio de siglo, cogió el bouquet y le permitió a Natalia entrar a su dormitorio después de larga espera. Nati quedó sorprendida al ver su belleza. Verdaderamente parecía una niña frágil aunque con imborrables arrugas. La señorita Isabel esperaba ansiosa el comentario de halago y así lo escuchó. La señorita dudaba de la verdad de las palabras de su tía Natalia, porque ahora Natalia era la tía preferida de Isabelita y así fue como Nati abrió la enorme puerta del mueble para que su abuela, su sobrina ahora, se viera en el espejo. La alegría de la señorita Isabel fue

grande cuando al otro lado del espejo reconoció a su amiga “la Gringa” a quien no veía hacía tiempo.

Allí empezó el final de la agonía de todos.

La señorita Isabel fijó la vista en el espejo y avanzó lentamente, sin vacilar; se sentó al borde de la cama que estaba situada justo al frente y se quedó mirando a su entrañable amiga. Isabel no sabía cómo justificar su olvido; no la había invitado a sus quince, no le había participado de su compromiso. Había dejado de lado a la compañera de tantos años; aquella quien la acompañaba precisamente en sus momentos de mayor soledad. Pero ésta, en una demostración de verdadera amistad, lejos de ofenderse, había llegado a darle un abrazo.

La señorita Isabel se olvidó por completo de la presencia de Nati y de todo lo que ocurría a su alrededor ante la presencia de su gran amiga. Y se olvidó del mundo.

Nati miró con ternura a esta anciana que la había acunado en su primera infancia, convertida ahora en una niña, mirando el reflejo de su propia imagen, anciana de blancos cabellos: “la Gringa”. La vio sonreír, agitar las manos y hablar en voz muy quedita, casi en susurros, en confidencias, en travesuras de jovencitas; las dos se movían exactamente igual, las dos reían igual, las dos soñaban igual. Nati sabía que a la abuela

no la moverían de ese lugar, permanecería ahí hasta el anochecer, sabía que la abuela pediría cena para dos, sabía que al final tendría que cerrar el espejo y decirle a la abuela que "la Gringa" se había tenido que ir apurada, que había dejado dicho que la despidieran de ella. Sabía entonces, que la abuela no bajaría a su quinceañero.

Cuando todos los invitados esperaban que Isabel Peña de Pajuelo bajara para celebrarle su "onomástico", el doctor Cortés recibió a través de Arévalo un recado de Natalia: la abuela se sentía un poco cansada y pedía que todos celebraran la fiesta como si ella estuviera presente. Así fue, el mensaje corrió por oídos de todos y el gran baile, la comilona y las copas no cesaron en toda la noche.

Mientras que la fiesta seguía en su apogeo Natalia dejó bien abierta la puerta con el enorme espejo para que Isabelita conversara con su entrañable amiga. Hasta el día siguiente, mientras la gente era cargada en brazos por tanto licor, cuando las mujeres se quitaban los tacos de tanto baile, cuando ya de pronto estaba posado el sol, Isabel y "la Gringa" continuaban contándose secretos de amores y planeando sus futuros. Isabel le confesó su amor por Marcial, le aseguró que muy pronto lo conocería, le agradeció su presencia, se disculpó una y mil veces por su olvido, reanudaron su vieja amistad y se prometieron nunca más distanciarse.

Cada vez que llegan los días de un Mundial, me asaltan estas historias, me pierdo en la pantalla y encuentro siempre allí el espejo de la abuela. Y a mí, a mí que me apasiona el fútbol, de pronto me encuentro navegando apasionado en estos recuerdos. Pero, ¿y ahora? ¿quién ganó? ¿volveré a salir a las calles a celebrar como aquella mágica vez?

---*---

Seis meses después, Isabel Peña de Pajuelo, la querida abuela que un día perdió la cordura al conocer la trágica muerte de su hijo en París, recibió los santos óleos del viejo cura de Piura. Al dar la vuelta el doctor Cortés para salir de aquella habitación, pues se resistía a la pérdida de su querida amiga, como un milagro de salvación, Arévalo, el fiel Arévalo, abrió el mueble con el enorme espejo para sacar el vestido de la casi difunta.

Hasta hoy, son largas las horas del día en que el espejo queda abierto, largas las horas en que el doctor Cortés, el dentista médico de cabecera, al pie de la cama conversa con “la Gringa” y la abuela Isabel con su vestido de ataúd.

Y fue así como ella le sacó a la vida más tiempo que nadie... Logró vivir dos juventudes, dos noviazgos, dos ilusiones y salir de todo sin sufrimientos, ilesa. Ella encontró, en un día de mercado, la fórmula secreta.

---- * ----

Seudónimo: TAPADA - Lima Perú 1997

Autoras:

Lili Urbina, Lita Vargas, Maritza Kirchhausen

Publicado en Enero de 2005 por la Universidad de Murcia (Cátedra Literatura

Hispanoamericana) y Fundación Caja Murcia

Editor: Victorino García Polo

Título del Libro:

“PALIMPSESTOS” PREMIOS DE NARRACIÓN BREVE JULIO CORTÁZAR 1995-2005

PUBLICACIÓN DE 20 CUENTOS.